

## LUCIO MAGRI, 1932-2011

Lucio Magri fue una figura excepcional de la izquierda europea: el único pensador revolucionario importante de su tiempo cuyo pensamiento resultaba inseparable del curso de los movimientos de masas a través de las décadas que le tocó vivir. Era incapaz de desarrollar una reflexión teórica que no se basara en las acciones reales, o en las inacciones, de los explotados y oprimidos. Esto era normal en la generación de Gramsci y de los primeros Lukács y Korsch, que fueron testigos de la Revolución rusa. En la era de la Guerra Fría, cuando Magri entró en la política, prácticamente se desconocía. Los grandes intelectuales marxistas de la época, tales como Adorno, Sartre, Lefebvre, Althusser, y muchos otros, desarrollaron sus ideas en una desconexión radical respecto a cualquier contacto estrecho con la política popular. Únicamente el comunismo italiano permitió, durante un tiempo, la clásica retroalimentación entre la teoría original y la práctica organizada, dentro del marco de un partido de masas. Durante una década, Magri aprovechó la oportunidad política que este le brindaba, antes de que el PCI prescindiera de su fidelidad. ¿Se dieron cuenta alguna vez de lo que perdieron al hacerlo? Un día, en Biella, cuando todavía era un joven militante, tras haber pasado una noche juntos trabajando en un discurso que tenía que pronunciar su superior, Enrico Berlinguer –antes de que este se convirtiera en líder del partido– le dijo: «Magri, todavía tienes que aprender que en política uno necesita el coraje de la banalidad». Tal era la autoconciencia de las autoridades, en su estado más lúcido. Magri poseía otra clase de coraje político, uno del tipo del que mostró Gramsci, en unos cuadernos que jamás fueron banales.

Nacido en 1932, y criado como hijo único en el desierto de Libia hasta 1939, donde su padre era coronel de la fuerza aérea italiana, Lucio Magri fue un personaje singular. Con un físico deslumbrante como el de una estrella de cine de la época –constitución atlética, fuerte mandíbula, facciones simétricas, pelo rubio con entradas, hundidos y centelleantes ojos, amplia sonrisa, grandes dientes perfectos– y con una manera de vestir de una impecable informalidad, era la viva imagen de la belleza espectacular y de la elegancia despreocupada. Diestro jugador de ajedrez y de póquer,

y un cocinero de primera, poseía todas las virtudes externas de un hombre de mundo, y la admiración del sexo opuesto. Pero había en él algo demasiado serio y reservado, o incluso abstracto, como para que encajara en este papel. Carecía de la sociabilidad fácil de muchos italianos. Más incisivo que refinado, su voz metálica resultaba más próxima a la de un cáustico preceptor que a la de un seductor. Sus autores predilectos eran Lermontov, Fitzgerald, Joseph Roth y el Tolstói de *El padre Sergio*. En un tono más ligero, y con un toque dandi, también P. G. Wodehouse, en cuyo honor le gustaba decir que el Savoy, en la única ocasión en que una delegación del Parlamento lo trajo a Londres, ya no era capaz de hervir un huevo que contentara a Jeeves. No eran estos gustos corrientes para un militante o funcionario del comunismo italiano. La contradicción entre la carrera y la personalidad de Magri radicaba en que se encontraba profundamente ligado a los conflictos sociales de su país que actuaban como resortes de su propio pensamiento y en que, a la vez, no obstante, resultaba también más distante de los mismos en su estilo y su carácter que cualquiera de sus contemporáneos. Poseía poca sensibilidad popular, una baja tolerancia frente a los lugares comunes de cualquier tipo, y una actitud que podía ser distante, o cortante. Pero las leyes del movimiento de cualquier política radical surgieron, y únicamente podían surgir, de las masas, y fue a las estrategias en juego en su rebelión contra el orden establecido a las que él aportó un singular nivel de intensidad analítica y de pasión.

La condición de esta paradoja la constituyó su experiencia en el PCI. Criado en el seno de una familia militar convencional, con un breve periodo de fe religiosa adolescente, en Bérgamo, una de las áreas «más blancas» de predominio de la Democracia Cristiana en Italia, se unió a una de sus organizaciones juveniles cuando todavía era un estudiante, y participaba activamente en su ala izquierda, que abandonó cuando su prestigioso dirigente Giuseppe Dossetti sufrió una derrota dentro del partido y se marchó del mismo. Junto con otros jóvenes democristianos de sus mismas filas, entró posteriormente en contacto con el PCI, trabajando en una revista independiente de ideas católico-comunistas, *Il Dibattito Politico*. Ingresó en el PCI con veinticuatro años. Al sumarse a las filas del comunismo a raíz del XX Congreso del PCUS y de la Revuelta húngara, lo hizo con una mayor consciencia de lo habitual en las generaciones de entreguerras o de la Resistencia. Durante su viaje al Festival de la Juventud de Moscú del año siguiente, leía a Trotski en el barco rumbo a Odesa. Su primera colaboración importante en la prensa del partido, a finales de 1958, fue un ensayo en el que advertía sobre el peligro de subestimar al gaullismo como un mero régimen reaccionario o como un giro hacia el pasado, en lugar de considerarlo una fuerza capaz de modernizar el capitalismo francés<sup>1</sup>. En marzo de 1962 el Instituto Gramsci organizó una importante conferencia en Roma sobre las «Tendencias del neocapitalismo

<sup>1</sup> «Ipotesi sulla Dinamica del Gollismo», *Nuovi Argomenti* 35 y 36 (noviembre de 1958-febrero de 1959).

italiano». Allí Magri sostuvo que ya no se podía considerar que Italia en su conjunto fuera una sociedad capitalista atrasada, en donde una revolución democrática –que no planteara ninguna reivindicación socialista– todavía estaba por venir, aunque hubiera regiones dentro del país en las que todavía ese fuera el caso; sino que ya estaba experimentando las nuevas contradicciones de una sociedad capitalista avanzada, lo cual exigía que el partido adoptara una estrategia diferente<sup>2</sup>.

Una gran reconstrucción histórica de los consecutivos conceptos del partido revolucionario marcó su llegada a la innovadora revista teórica del PCI, *Critica Marxista*, editada en aquel entonces por otro espíritu independiente, Romano Ledda<sup>3</sup>. Poco después, fue trasladado de Lombardía a la sede central del partido en Roma y pasó a trabajar en el departamento de organizaciones de masas bajo el mando de Giorgio Amendola, el poderoso y autoritario dirigente del ala derecha del comunismo italiano. Un año más tarde, Amendola anunció en *Rinascita* que ya que ni la tradición comunista ni la socialdemócrata habían conseguido hacer realidad el socialismo, los dos movimientos deberían fundirse en un nuevo partido obrero en Italia. Esto dio pie a un intenso debate –en el cual la respuesta más eficaz a Amendola por parte de la izquierda vino de manos de Magri–, que la dirección del PCI suprimió rápidamente<sup>4</sup>. A los pocos meses, en el verano de 1965, el conflicto se reavivó con una sutil pero incisiva crítica de Magri a las limitaciones de las experiencias de los frentes populares en la década de 1930, que constituían el modelo ideológico en el que se basaba la línea oficial del partido en ese momento<sup>5</sup>. Su relación personal con Amendola, sin embargo, continuó siendo buena hasta que logró incluir parte de un documento que había escrito en un discurso pronunciado por Longo, el secretario general del partido. «Usted no va a engañar a sus superiores de nuevo», le dijo Amendola, «aquí no nos regimos por las leyes burguesas». Como castigo se le suspendió, no se le asignó ningún trabajo y se le ignoró. Pasados tres meses, le dijo a Amendola que a sus treinta y cinco años era demasiado joven como para ser un jubilado, y solicitó cualquier trabajo que el partido pudiera asignarle, como tercer ayudante de secretario en la Sicilia rural o en cualquier otro lugar al que se le pudiera degradar, y recibió la tajante respuesta: «No, si hiciéramos tal cosa usted podría convertirse rápidamente en secretario en Palermo. Debe aprender disciplina».

<sup>2</sup> Las actas del debate están publicadas en Antonio Pesenti y Vincenzo Vitello (eds.), *Tendenze del capitalismo italiano*, Roma, Editori Riuniti, 1962; posteriormente Magri revisó su texto para su publicación francesa: «Le modèle de développement capitaliste et le problème de l'alternativa prolétarienne», *Les Temps modernes* 196-197 (septiembre-octubre de 1962).

<sup>3</sup> «Problemi della Teoria Marxista del Partito Rivoluzionario», *Critica Marxista* (septiembre-diciembre de 1963); se publicó en inglés en *NLR* 1/60 (marzo-abril de 1970), con un importante epílogo escrito por Magri sobre las relaciones entre los consejos y el partido, sobre el primer Gramsci y sobre la última etapa de este.

<sup>4</sup> Puede encontrarse la intervención de Magri en «Unificazione: su quale Linea?», *Rinascita*, 6 de marzo de 1965.

<sup>5</sup> «Il Valore e il Limite delle Esperienze Frontiste», *Critica Marxista* (julio-agosto de 1965).

## Salida del partido

Un año más tarde, el 1968 italiano estalló entre los jóvenes trabajadores y los estudiantes, seguido de la aún mayor revuelta francesa. Cuando Amendola denunció lo que él percibía como la reaparición de la bandera negra del anarquismo, Magri escribió una vez más la más contundente réplica en *Rinascita*<sup>6</sup>, y poco después una crítica discretamente penetrante sobre el papel del Partido Comunista Francés en las revueltas, *Considerazioni sui fatti di Maggio*. Durante una década había sostenido dentro del PCI que el capitalismo se estaba modernizando en formas que el partido estaba ignorando, y, al mismo tiempo, al hacerlo, estaba generando nuevas necesidades y fuerzas de la rebelión contra sí mismo, lo cual requería una estrategia más audaz y más radical que cualquier versión trillada de la política del Frente Popular. A finales de 1969 la dirección del PCI, desconcertada por la continuada agitación en las fábricas y en las universidades al no desfallecer el «otoño caliente» italiano, purgó a la izquierda que se había formado en torno a la recién fundada revista *Il Manifesto*, cuando esta publicó un editorial de Magri sobre la «normalización» de Husák en Checoslovaquia, bajo el titular «Praga está sola».

Durante más de una década, Magri había trabajado en las salas de control de una organización de más de dos millones de miembros, el mayor partido de masas de Europa, en estrecho contacto con, aunque sin ser parte de, su cúpula. Básicamente fue expulsado junto con el resto del grupo de *Il Manifesto* –Rossana Rossanda, Luigi Pintor, Aldo Natoli, Massimo Capra y Luciana Castellina– por haber criticado la incapacidad del partido a la hora de responder de manera creativa a la irrupción de las masas que, por primera vez desde la guerra, se escapaban de sus directrices. Salir del PCI nunca había formado parte del plan. Pero cometieron un error de cálculo al enviar su revista a una pequeña imprenta de Bari, que no la distribuyó a las librerías, tal y como habían previsto, sino a los quioscos de prensa, en donde rápidamente se vendieron 50.000 copias, lo cual permitió a la cúpula del PCI tratarla como si se tratara del periódico de una facción. El detonante de la purga fue la denuncia de *Pravda* del editorial checo, lo cual condujo a que la cúpula del partido temiera que, si no tomaba medidas serias con *Il Manifesto*, Moscú fomentaría una tendencia prosoviética dentro del PCI. Pero en medio de la euforia de la revuelta estudiantil y del «otoño caliente» de los trabajadores, el grupo no desfalleció y convirtió la publicación mensual en un diario en 1971<sup>7</sup>, presentó candidatos para las elecciones nacionales de 1972 y cofundó un partido con socialistas disidentes en 1974, el PdUP.

Con este paso, el grupo de *Il Manifesto* se enfrentaba fuertemente a sus propias limitaciones, y al carácter de la rebelión con cuyas energías habían

<sup>6</sup> «Più una Sinistra e Più Unitari», *Rinascita*, 12 de julio de 1968.

<sup>7</sup> Se puede encontrar la opinión de Magri sobre la situación italiana en este momento en «Italian Communism in the Sixties», *NLR* I/66 (marzo-abril de 1971).

contado para crearlo. Ninguno de ellos tenía experiencia en la organización de masas. Magri había trabajado en el comité central, Rossanda había estado a cargo de las tareas culturales del partido y Pintor era un periodista brillante. Tenían mucho que aprender. Magri sufrió la más drástica de las transformaciones al servicio del PdUP como líder durante nueve años, en el Parlamento y como secretario general, cruzando el país de punta a punta, organizando ramas, dirigiendo reuniones, redactando informes y celebrando congresos. Sin embargo, el partido nunca llegó a tener más de medio millón de votos, y sus esperanzas de formar un nuevo frente de izquierda en Italia se hundieron en el profundo abismo cultural que separaba al grupo de *Il Manifesto*, para quienes el PCI, por aberrantes que fueran sus políticas –a mediados de la década de 1970 este partido dirigido por Berlinguer se había embarcado en la búsqueda en vano de un «compromiso histórico» con la Democracia Cristiana–, continuaba siendo una experiencia y una referencia insustituibles, y los grupos revolucionarios que habían aparecido a finales de la década de 1960, en su mayoría inflexiblemente enemigos del partido y desdeñosos con su legado. Las tensiones existentes entre distintas generaciones y sensibilidades finalmente hicieron que el grupo de *Il Manifesto* se dividiera y que el diario y el partido –Rossanda y Pintor; Magri y Castellina– partieran cada uno por su lado. No obstante, cuando la última expresión de una política de masas unida con su momento de formación tuvo lugar, con el movimiento por la paz de principios de los años ochenta –las manifestaciones italianas fueron las mayores de Europa–, ellos se unieron, y Magri respondió con una de las reflexiones políticas más lúcidas de y sobre estos que produjo el movimiento<sup>8</sup>.

En este momento, continuar con la vana búsqueda del «compromiso histórico» se había vuelto insostenible para Berlinguer, y el PCI estaba prestando una nueva atención a las luchas obreras. En estas condiciones, resultaba posible una reconciliación, y en 1984 el PdUP votó a favor de su disolución dentro de este partido. Ahora, por primera vez, Magri entraba en sus órganos de dirección. Su opinión de Berlinguer era respetuosa, pero crítica. Un político de imaginación limitada, del que se había esperado poco en su ascenso en la organización, había ganado autoridad gracias al éxito electoral del partido en 1976, cuando este alcanzó su mayor porcentaje de votos –en torno al 35 por 100–, gracias a su actitud relativamente abierta hacia la problemática de la desigualdad entre hombres y mujeres y hacia la del medio ambiente, y debido a su modestia y a su rectitud a nivel personal. A principios de los ochenta, estaba llevando a cabo una maniobra en la que pocos de sus compañeros tenían mucha fe. Su dramática muerte en 1984, desplomándose mientras pronunciaba un discurso en un balcón de Padua, fue a ojos de Magri un desastre político. Él hablaba de cuatro golpes de la maldad divina: la muerte de Lenin cuando se encontraba revisando su visión del campesinado; la de Gramsci, cuando la Internacional Comunista había adoptado el Frente Popular; la de Togliatti tras escribir el Memorial de Yalta; y la de Berlinguer en el

<sup>8</sup> «The Peace Movement and European Socialism», *NLR* 1/131 (enero-febrero de 1982).

momento de su giro hacia la lucha social y la solidaridad. Pues en el momento de su muerte, la popularidad y el prestigio en Italia de Berlinguer eran enormes debido al contraste existente entre su imagen y la de Craxi, Andreotti, Forlani y los otros gobernantes del país de aquella época. La gigantesca movilización popular en su funeral superó incluso a la del de Togliatti –que Magri había ayudado a organizar– en un momento en que resultaba tan difícil controlar a las multitudes que Brezhnev, a quien la multitud había empujado y por poco tirado en tal aglomeración, no paraba de exclamar «*revoliutsiya, revoliutsiya!*» en su asombro ante la experiencia de una marcha que no fuera un desfile militar en la Plaza Roja.

Después de Berlinguer el PCI sufrió una constante involución. Menos importante que la moderación sin rumbo de su línea política, o que la falta de renovación de su estructura interna, era la transformación de su base social, con el paso de las generaciones, y el partido se convirtió en algo diferente después de décadas de *sottogoverno*. Murieron aquellos que habían conocido la Resistencia, disminuyó el apoyo de los trabajadores, sus funcionarios eran ahora en su mayoría cargos regionales o municipales satisfechos de sí mismos, y que formaban dudosas coaliciones locales o presidían empresas corporativas. Si bien en este momento era posible, como no lo había sido en el pasado, presentar soluciones alternativas en los congresos del Partido –y había muchos que se encontraban muy descontentos con lo que le estaba pasando al PCI–, faltaba un liderazgo firme de la oposición a esta deriva hacia la derecha. Este debía haber venido de la mano del histórico adversario de Amendola, Pietro Ingrao –estandarte de la izquierda en la cúpula del PCI en la década de 1960–, quien le había sobrevivido, y que aún gozaba de gran prestigio entre los militantes del partido. No obstante, a pesar de su carácter absolutamente honesto y puro, Ingrao no poseía una fuerte personalidad y ansiaba aplausos a la vez que tenía miedo de las responsabilidades. Aparentando representar una línea izquierdista, fracasó sistemáticamente a la hora de combinar las palabras con los hechos llegada la hora de la verdad para el partido. En 1969, a pesar de ser cercano al grupo de *Il Manifesto*, no les concedió ningún apoyo cuando fueron expulsados. Veinte años más tarde, cuando Occhetto, el nuevo líder del PCI, decidió hundir el nombre y echar por tierra la naturaleza del partido de la noche a la mañana, Ingrao, después de firmar una resolución en contra de la disolución del partido en 1991, permaneció en la formación que quedó tras esta actuación de Occhetto, y que pronto abandonaría incluso la autodenominación de «izquierda» como si de una carga anacrónica se tratase.

Llegado el momento final del PCI en Rímini en 1991, un tercio de los delegados en su último congreso votó en contra de su desmantelamiento, y de esta oposición fue que surgió la formación de una organización sucesora, Rifondazione Comunista<sup>9</sup>. Cuando posteriormente dimitió su primer secretario general, Magri pudo haberse convertido en su líder. Sin embargo, la

<sup>9</sup> La versión de Magri de este momento histórico puede encontrarse en «The European Left between Crisis and Refoundation», *NLR* I/189 (septiembre-octubre de 1991).

metamorfosis y la escisión del PCI habían constituido un desastre demasiado grande. Un partido que todavía contaba con 1.400.000 personas perdió en 1991 800.000 miembros que no se unieron a ninguna de las partes en esta separación. La corriente de la política de masas perdía fuerza. En 1993, Magri se mostraba demasiado escéptico respecto al futuro de una Refundación con la que todavía estaba comprometido como para pensar que él pudiera ser la persona adecuada para dirigirla. Dos años más tarde, cuando RC se negó a apoyar al gobierno de Dini, para unirse y evitar de esta manera la victoria de Berlusconi en las urnas, abandonó el partido y se apartó de la vida pública<sup>10</sup>. Pero esta no fue del todo su última jugada. En la víspera del milenio, recreó la revista de la que había sido cofundador treinta años atrás, esta vez reagrupando las diferentes corrientes de la izquierda con un espíritu ecuménico, para hacer frente a las realidades de una nueva era de triunfo capitalista, hegemonía unipolar y resistencia dispersa, y para desarrollar un proyecto capaz de ir más allá de estas.

Aportó a esta publicación las mismas dotes de la agudeza política y de la síntesis, con una visión internacional más amplia que nunca. Pero los logros analíticos nunca habían sido suficiente para él. El propósito de la revista era contribuir a desarrollar una alternativa programática al ominoso *statu quo*. Sin embargo, «los programas solo se desarrollan a través de la lucha social y política, que puede ofrecerles coherencia y visión», y cuando quedó claro que esta todavía no existía –en Italia y en general–, cerró la revista que había recreado, a finales de 2004, debido a que ya había un movimiento al que esta pudiera estar vinculada, con un epílogo excepcionalmente bueno; una luminosa panorámica del paisaje económico y político del mundo un año después de la invasión de Irak, y un adiós a la esperanza de que todavía se pudiera vislumbrar otro orden global<sup>11</sup>. Las causas inmediatas de su decisión fueron el tacticismo miope de los diversos componentes de la izquierda italiana, y la repentina abjuración de cualquier relación con un pasado revolucionario de algunos de sus antiguos protagonistas. Pero la razón última radicaba en una coherencia intransigente consigo mismo. La unidad de la teoría y la práctica, otrora una piedra angular del materialismo histórico, había desaparecido hacía ya mucho tiempo de los anales del marxismo occidental. Magri fue la rara excepción, que seguiría esta premisa, y que moriría por su causa. El pensamiento político, sin un «movimiento real» que lo guiara, no podía dar frutos.

### *Ucronías*

Solamente quedaba un cometido posible. En sus últimos años, apartado de la lucha popular que había constituido un permanente elemento de su paisaje mental, elaboró, sin embargo –en medio de una trágica situación

<sup>10</sup> Véase su artículo, escrito en torno a esa época, «La resistible ascensión de la derecha italiana», *NLR* I/214 (noviembre-diciembre de 1995).

<sup>11</sup> «Parting Words», *NLR* 31 (enero-febrero de 2005) [ed. cast.: «Palabras de despedida», *NLR* 31 (marzo-abril de 2005)].

personal—, la única crónica de la experiencia comunista en Italia, y de sus implicaciones para el mundo, intelectualmente a la altura de la misma. Concibió este trabajo como un documento para las generaciones futuras. En los años anteriores, citando a Eric Hobsbawm, cada vez le impresionaba más el fracaso de los antiguos soportes morales del capitalismo, tales como la familia, la escuela, la Iglesia o los cuarteles, y el alcance de la desintegración cultural que se había derivado del mismo. La «madre de todas las reformas», había sostenido, sería un nuevo sistema educativo, adaptado a una época en la que se invierten algunas de las asociaciones tradicionales entre edad y conocimiento, en el que los jóvenes, que se crían en contacto directo con la vanguardia de la técnica y de la ciencia, adelantándose a sus mayores, no serían instruidos, sino que instruirían a estos últimos. Magri, que no era capaz de usar un ordenador y que apenas tocó una máquina de escribir, escribiéndolo todo a mano, constituía él mismo un vivo ejemplo de esta inversión. Sin embargo, ciertos tipos de enseñanza podrían consistir, como en el pasado, únicamente en una transmisión en la otra dirección.

Al igual que con el paradigma revolucionario de una primera época, las formas características de la escritura de Magri habían sido el artículo, el discurso, el informe, la resolución y la polémica. Los libros eran una relativa rareza dentro de esta tradición. Marx únicamente publicó dos, y Lenin cuatro, de entre grandes cantidades de escritos. *El sastrer de Ulm*, subtítulo en su edición italiana «Una posible historia del PCI», y en inglés, a petición suya, «El comunismo del siglo xx», es un libro meditado y escrito cuidadosamente hasta el último detalle. Tranquilo y equilibrado, de inagotable inteligencia histórica, es también una obra de conmovedora reflexión personal y de imaginación política. Los hechos que narra abarcan desde 1944 hasta 1991, recorriendo la historia del PCI desde su renacimiento a finales de la Segunda Guerra Mundial hasta su disolución al final de la Guerra Fría, insertados en el marco más amplio del destino del movimiento comunista mundial en su conjunto.

La unión entre ambos no es perfecta. Ningún autor puede escapar de las limitaciones de lo local. Culturalmente, Magri se veía reducido al italiano y al francés como lenguas en las que se manejaba con fluidez. Políticamente, como la mayoría de los comunistas europeos, estaba más familiarizado con la Revolución rusa que con la Revolución china, y el tratamiento que concedía a cada una de ellas resultaba desigual: tenía demasiada tendencia a absolver a Stalin de cualquier responsabilidad en el inicio de la Guerra Fría, y de suavizar los costes de la Revolución cultural que emprendió Mao, pero medía de manera detallada y exacta, cosa que muy rara vez hace cualquiera de los bandos hoy en día, las fatales consecuencias de la ruptura chino-soviética para todo lo que le siguió. En Italia, la manera en que Magri trata el «compromiso histórico», a pesar de ser crítica, evita llegar a la conclusión obvia de que este no solo era responsable de los «años de plomo» del terrorismo de Estado y del que atacaba al Estado, sino también del abismo que creó entre la cultura



establecida del comunismo italiano y las formas mutantes de la cultura disidente –que podía ser a la vez radicalmente enemiga del capitalismo y ocasionalmente colusoria con él– de las generaciones más jóvenes: una escisión que tuvo repercusiones directas en las filas del propio *Il Manifesto*. Una lealtad fundamental para con el movimiento comunista cual patria colectiva, que es necesario reprobado mas no abandonar, se hace sentir en estos puntos débiles.

Tales puntos apenas ensombrecen las virtudes del libro en su conjunto, en donde Magri juntó casi todos los temas de sus escritos previos en un único y poderoso relato de los modos en que un partido de masas ascendió y cayó, en medio de cambios en la estructura de la economía y de la sociedad, del recrudescimiento de la lucha social y política y de los conflictos ideológicos e internacionales, hasta que su impulso se agotó finalmente. ¿Podría haberse evitado la peculiar debacle de su fin? Magri sugiere que sí. Su libro termina con la reimpresión de un documento estratégico que elaboró en 1987, antes del derrumbamiento del partido, como indicación de qué tipo de alternativa existía. Mas en aquel entonces la correlación objetiva de la que su pensamiento siempre había dependido ya había desaparecido. Siempre había creído que las ideas programáticas resultaban inútiles si no tenían tras de sí la fuerza popular. Como estratega nato que era sabía que, sin un ejército, no puede haber ninguna estrategia significativa.

El comunismo italiano formaba parte del contexto histórico más amplio que dio título a su libro. Medio siglo antes, Brecht había concluido su poema sobre el sastre de Ulm –quien afirmaba que podía volar y murió al caerse de una catedral– al notar que los seres humanos aprendían a moverse a través del aire. Después de 1989, Ingrao citaba el poema como consuelo ante el fracaso del comunismo. Magri cuenta que él contestó: ¿pero contribuyó la caída del sastre al desarrollo de la aeronáutica? Una respuesta muy propia de su carácter. Nunca había creído en el progreso automático. Quería transmitir algo de la experiencia del comunismo, dijo una vez conversando, de un tiempo en el que se alegraba de haber vivido, al haber visto el presente. No obstante, habrían de pasar por lo menos dos generaciones antes de que algo comparable surgiera de nuevo. Las revoluciones –la francesa, la rusa, o la china– suelen llevar a cabo únicamente un 20 por 100 de lo que se proponen, y conllevan un coste del 60 por 100. Pero sin ellas no suceden los grandes avances de la sociedad en la historia.

No mucho tiempo después de que hubiera comenzado a trabajar en *El sastre de Ulm*, su esposa, Mara Caltagirone, cayó gravemente enferma, y el libro fue escrito en su mayoría en un estado de gran angustia a nivel personal. Cuando falleció a comienzos de 2009, él quiso acompañarla, tal y como André Gorz había hecho dos años antes con su esposa. Pero el libro aún no estaba acabado, y ella le había obligado prometerle que no se suicidaría antes de terminarlo. Después de que finalmente este viera la luz, con una acogida uniformemente respetuosa en Italia, comunicó a sus allegados

que había dispuesto poner fin a sus días de manera asistida en Suiza. Todos le rogaron que no lo hiciera, y durante dos años lo pospuso. Pero para él la vida había perdido su sentido. El epígrafe de *El sastre de Ulm* muestra la considerable soledad política que sentía. Procede de la novela de Joseph Roth, *La cripta de los capuchinos*, en la que el vástago de una familia militar del Imperio de los Habsburgo –desaparecido en la actualidad– que habían creído en Austria como en una religión, se pregunta en la víspera de la Segunda Guerra Mundial: «¿Dónde debo ir, ahora, yo, un Trotta?». La soledad que sufría a nivel íntimo era más absoluta. Y no quería salir de ella. En lo profundo de su interior se encontraba lo que Luciana Castellina, quien lo había amado y había continuado siendo su amiga más incondicional hasta el final, llamaba su integralismo, un sentido de las cosas de todo o nada, que en el que reiteradamente se habían basado sus adhesiones y abandonos, y finalmente su marcha.

Qué provocó que su partida sucediera el pasado noviembre es algo sobre lo que únicamente es posible especular. Coincidió –deliberadamente o no– con la llegada al poder de un gobierno de banqueros en Roma, puestos en el cargo por un presidente ex comunista, ante el aplauso de prácticamente todo el espectro político; lo cual difícilmente podría haber resultado menos disuasorio. La fijación en Berlusconi resultaba exagerada, a su parecer: el neocentrismo, y no el criptofascismo, era la tendencia del momento, del que Berlusconi no era más que otra variante, un punto que demostraba de una manera todavía más concluyente Monti y el consenso en torno a su persona. Fue sobre este telón de fondo que Lucio Magri avanzó al encuentro de su muerte, al estilo de la estoica antigüedad. *El sastre de Ulm* será recordado.